

El Combate de Concepción

Germán Becker Ureta

Miembro Académico de la Academia de Historia Militar



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

EL COMBATE DE CONCEPCIÓN

Por

Germán Becker Ureta*

* Miembro académico de la Academia de Historia Militar

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

Señor Presidente, señoras, señores:

De común acuerdo, conjugando la benevolencia de ustedes y mi propia audacia, nos hemos reunido, hoy, 26 de junio, convocados por la Academia de Historia Militar, para hablar de historia. Entendiendo por esta disciplina el "relato de los acontecimientos y de los hechos dignos de memoria". En nuestro caso particular, nos referiremos a hechos militares, "dignos de memoria" y protagonizados por quienes fueron hombres y soldados. El lugar; la sierra peruana, en un pueblito llamado Concepción, hace 109 años, el 9 y 10 de julio de 1882, en el tercer año de la Guerra del Pacífico,

Al concepto de historia que ya hemos hecho mención, agregaremos la definición clásica de ciencia: "El conocimiento exacto y razonado de ciertas cosas, sus principios y sus causas. Estos conocimientos están basados en el estudio, es decir, en el análisis, investigación, búsqueda, experimentación y constatación. Por estos caminos transita el intelecto humano, tras la verdad de su proposición, vale decir, de su tesis, o buscando apoyo a la suposición o su hipótesis."

El estudio de la historia es una ciencia; por lo tanto, está sujeta a nuevos conocimientos, en virtud a modernas técnicas e instrumentos de investigación y estudio. El historiador, en cada época que le ha tocado vivir -y seguir viviendo- siempre está renovando sus saberes, permitiéndole, así, proyectar más luz sobre "los hechos dignos de memoria". Por lo demás, esta es una obligación de cada hombre que ame la historia, de acuerdo a su tiempo, sus medios, sus circunstancias. Hacer Historia hoy, no es igual que hace 50 años; como tampoco lo será a través de la pluma de quienes nos sucedan.

El hecho histórico, tiene una ubicación precisa y firme en el tiempo y en el espacio; en cambio, los historiadores, transitan permanentemente por estas dos dimensiones. Cuando pareciera que todo está dicho y escrito, sobre acontecimientos del pasado, no es raro que se descubran nuevos antecedentes y pormenores que sacudan el polvo del tiempo, de la imprecisión y del olvido.

Con estas someras reflexiones, que pretenden encauzar mi pensamiento y mi acción, aboquémonos al tema central que nos reúne: El Combate de Concepción y su gente.

La opinión pública nacional, en esa época, prácticamente se había olvidado de la guerra. Hacía largo tiempo que Lima estaba ocupada y gran parte de nuestro ejército expedicionario había regresado a Chile. Solamente algunas unidades continuaban operando en el interior del territorio ocupado, principalmente en la zona de la alta sierra

peruana. A los problemas logísticos que se presentaban con la ocupación, se sumaban las acciones de la guerrilla enemiga. Esta dificultaba la permanencia chilena en dichos territorios, por continuas acciones bélicas, amparadas por la geografía, por las inclemencias del clima y las precarias condiciones sanitarias de nuestras tropas. Teniendo en cuenta todos estos motivos, la superioridad decidió replegar las líneas y abandonar algunos puestos de avanzada. De esta manera se intentaba, en parte, aliviar la pesada carga que soportaba nuestra gente de armas, que con razón eran llamados "Los batallones olvidados".

En este estado de cosas se llega a los primeros días de julio de 1882.

Todo parecía dispuesto para que el combate no se efectuara. Así es, como un parte del comandante en jefe de la división chilena, coronel don Estanislao del Canto ordenaba: "8 de Julio, evacuación de Huancayo, 9 de Julio traslado a Jauja de todas las guarniciones del sur".

Paralelamente, en el libro de órdenes del coronel peruano don Andrés Cáceres, en disposición, subrayada con rojo decía: "9 de julio ataque en conjunto al ejército chileno; por la quebrada del Rímac, por Oroya, por Jauja o La Concepción y por Huancayo".

Según lo dispuesto por ambos bandos, en los documentos señalados las tropas chilenas se salvarían justo a tiempo.

Como en esta marcha de repliegue debería irse recogiendo la enorme cantidad de personal que estaba enfermo o convaleciente de tifus, el coronel Del Canto ordenó que los hospitales de Jauja y Tarma estuvieran desocupados y dispuestos para recibir al personal militar imposibilitado. Desgraciadamente, un estafeta, con un mensaje del Jefe de Servicios Sanitarios, le comunicó al Comando en Jefe que los hospitales no había sido posible desocuparlos y no podrían recibir los enfermos a evacuarse de las diversas posiciones chilenas, hasta el día 9 de julio.

Este hecho atrasó la retirada en un día, y el combate, que aparentemente, por las disposiciones de ambos bandos no debía producirse, ocurrió.

Solamente la Tercera Compañía del Regimiento Chacabuco al mando del capitán Nebel, apostada en La Concepción, junto a la Cuarta Compañía del mismo Regimiento, alcanzó a trasladar a los enfermos más graves que estaban en esa posición, el hospital de Tarma. Así es como la Cuarta Compañía al mando del entonces teniente Ignacio Carrera Pinto, quedó sola en Concepción.

El contingente apostado en dicho lugar estaba compuesto por 69 hombres de la Cuarta Compañía entre jefes, suboficiales y soldados, de 7 miembros de la Primera,

Segunda, Tercera y Sexta Compañía y de un soldado enfermo de la Primera Compañía del Batallón Movilizado Lautaro. El resto de los chilenos eran 3 soldaderas, una a su vez oficiaba de cantinera, y un niño de 5 años. En la noche del 9 al 10 de Julio, una de ellas dio a luz un niño. En síntesis, en La Concepción murieron 82 chilenos: 77 militares, 3 mujeres y 2 niños.

El antiguo reglamento de disciplina para las Fuerzas Armadas, en su primera parte, "De los Deberes Militares", expresa: "El oficial que tuviere orden absoluta de conservar su puesto a toda costa lo hará". (Título V, Artículo 21).

Obediente a este mandato, e inspirados en los más altos principios de patriotismo y abnegación, estos 77 hombres, mujeres y niños fueron inmolados en Concepción en los días 9 y 10 de Julio de 1882.

Este era un pequeño pueblo ubicado en la alta sierra al oriente de Lima. El aire encarecido por las grandes alturas de la zona, hacía difícil la estada de quienes no eran nativos del lugar. Una penosa epidemia de tifus había diezmado cruelmente a las tropas chilenas. Quienes habían logrado sobrevivir a la grave enfermedad, soportaban una penosa y larga convalecencia. Por lo demás, propia del tifus.

Quienes eran los 4 oficiales al mando

Don Ignacio Carrera Pinto, nieto del general don José Miguel Carrera, estaba aquellos días al mando de la guarnición. Lo acompañaban 3 jóvenes subtenientes en el ejercicio del mando. Refirámonos brevemente, a cada uno de estos cuatro oficiales.

Teniente Ignacio Carrera Pinto: Se enroló en el Batallón Carampangue que dio origen al Regimiento Esmeralda, más conocido como el Séptimo de Línea.

En dicha Unidad ascendió a sargento. Después de Tacna se pasó al Chacabuco para proseguir la Campaña, ya con el grado de teniente. Cuando estaba en La Concepción fue nombrado capitán, pero su nombramiento no le alcanzó a ser informado. Murió de 31 años sin saber de su ascenso.

Subteniente Julio Montt Salamanca: El y su hermano César, que eran gemelos, se fugaron del liceo de Valparaíso donde estudiaban, para irse a la guerra. El día de su último combate, Julio Montt estaba convaleciente de tifus. Murió a los 20 años.

Subteniente Arturo Pérez Canto: Cuando estalló la guerra tenía apenas 16 años. Entusiasmado por las cartas que llegaban de su hermano que estaba en el frente, como cirujano del Chacabuco, se fugó de su casa embarcándose "de pavo en el vapor "Matías Cousiño", que iba rumbo al norte. Murió de 19 años.

Subteniente Luis Cruz Martínez: Nació en la tierra huasa de Curicó. A Luis Cruz Martínez de quien se pensó que el cariño popular le había transformado su segundo nombre, en primer apellido, murió de 16 años.

Detengámonos algunos minutos, para conocer qué se ha indagado sobre los progenitores de este joven mártir del ejército chileno. En primer lugar, el investigador histórico curicano, don Edmundo Márquez-Bretón, permanente estudioso de la vida del subteniente Luis Cruz, escribió una obra, en la cual da a conocer sus investigaciones sobre la verdadera madre del héroe y proporciona algunas pistas para rastrear el nombre del padre, mantenido por largos años en secreto. Escuchemos a Márquez-Bretón:

"En el lugar donde hoy se encuentra el colegio de las Religiosas Salesianas de Molina existía en el siglo pasado un convento de clausura de las Monjas de la Buena Enseñanza. En el libro de vida o libro diario del monasterio, 5 de agosto de 1866, se lee, muy aproximadamente, lo siguiente:

"Hoy nació un hijo de la portera del convento, Marta Martínez".

Ahora bien, dos días después ese niño es llevado a bautizar a la parroquia de Molina. Allí se encuentra la siguiente partida de bautismo: "En la iglesia parroquial de Molina el 7 de agosto de mil ochocientos sesenta y seis, yo el cura párroco bauticé puse óleo y crisma a Luis, de dos días nacido, hijo natural de Marta Martínez y de padre no conocido". Firma del cura, Celedonio Gálvez.

Hasta aquí todo parece muy natural muy bien encadenado. Pero debemos poner atención a los siguientes sucesos.

Transcurren algunos años. Ese niño llamado Luis debe ser llevado a Curicó para matricularlo en el liceo de la ciudad, protegido por el rector Uldaricio Manterola Ureta. Su apoderada es Martina Martínez de Franco (Marta llamada familiarmente), que aún se desempeña como llavera y portera en el convento. Aparentemente es la madre del niño. Pero ¿Cómo inscribe a su pupilo?

En una ocasión tan importante en la vida del niño, la supuesta madre obra en conciencia y así reza la matrícula:

"1878-8 de julio, Cruz don Luis, hijo de padres no conocidos" (declara doña Martina). "Se incorpora al primer año de estudios. Es natural del departamento de Talca."

Nos encontramos, pues, ahora ante una verdad absolutamente diversa.

Es la propia afectada la que desmiente que ese niño sea su hijo, pues afirma que es hijo de "padres no conocidos", y agrega que no se llama Luis Martínez, sino Luis Cruz, a secas.

No añade en ese momento un segundo apellido, ni aún otra inicial.

Luis Cruz se convierte en buen estudiante, en adolescente idealista, y se inscribe como voluntario en el Batallón Curicó, con el cual marcha a la guerra. Lucha valientemente en el Manzano, Chorrillos y Miraflores. Posteriormente es destinado al poblado peruano de Concepción, formando parte de una compañía del Chacabuco.

Muere allí, como héroe, el 10 de Julio de 1882.

El Gobierno de Chile dicta una ley que favorece a todas las madres que hayan perdido un hijo en la guerra del Pacífico. Sin embargo, nadie se presenta a cobrar la pensión que le corresponde a la madre del subteniente Luis Cruz.

Como hemos dicho, el acta bautismal de la parroquia de Molina dice que es Martina la madre. Teóricamente casi todas las señas coinciden, pero la presunta favorecida con una pensión no se presenta a cobrarla.

¿Por qué?

Sabe Martina Martínez que no le corresponde, pues al matricularlo en el liceo había reconocido no ser su madre.

Una comisión enviada por el Gobierno con el propósito de descifrar el misterio, se entrevista con ella. Martina Martínez actúa en conciencia, como lo hizo al matricular a su pupilo. Conozcamos su confesión, que se desprende de la ley especial promulgada el 29 de octubre de 1884, a su favor,

"Concédese por gracia a doña Martina Martínez, por haber cuidado desde infancia y educado hasta que entró en el Ejército, al subteniente don Luis Cruz, muerto heroicamente en el Combate de La Concepción, una pensión vitalicia mensual de veinte pesos" (...)

Firman el presidente Domingo Santa María y su Ministro Carlos Antúnez. (Nótese que al héroe no se le coloca segundo apellido).

Pero ¿cuál fue el motivo de los acontecimientos de Molina?

Martina Martínez, de origen curicano, había casado con Gabriel Franco, español residente en Molina. De esta unión nacieron dos hijos: Novarino y Clodomira.

El marido de Martina va a California, de donde nunca regresa. Ella, entonces, entra a servir en el convento, y entrega a su hija Clodomira a un matrimonio de ricos

agricultores de Los Cristales -en las cercanías de Curicó -, dueños también de una hacienda de cordillera en Molina.

La niña crece, y siendo muy joven se convierte en madre soltera.

¿El galán?

Alguien de la casa patronal.

Durante algún tiempo el hecho pasa casi inadvertido, pues el niño es separado de la madre y colocado bajo la atención de su abuela Martina.

Esta constituye la verdad histórica desnuda. Lo demás una historia tejida acaramelada por manos de monjas. El acta de bautismo - reitero - es sólo una verdad expuesta a medias.

A pesar de todo, es preciso ser comprensivos con el proceder tanto de las religiosas, como el cura de Molina. Ellos se forzaban por cubrir la honra de una jovencita, como era Clodomira Franco Martínez. Vicuña Mackenna, en su libro *Álbum de la Gloria de Chile*, habla de Luis Cruz:

"Fue hijo de un misterio: pero desde la edad de dos años le crió en Curicó como madre adoptiva doña Martina Martínez Martínez".

Se supone que Vicuña Mackenna, tuvo conocimiento del secreto que envolvió el nacimiento del héroe. Con todo, por no herir susceptibilidades, dice que "fue hijo de un misterio".

Veamos ahora qué se ha investigado sobre el padre.

El Periodista don Luis Alberto Ganderats, trabajando para la Revista del Domingo de El Mercurio, nos dice:

"Rigurosamente en secreto se ha mantenido hasta hoy la identidad del padre de Luis Cruz Martínez. Es probable que ni el propio joven lo haya conocido.

Por tratarse del hijo ilegítimo concebido por un hombre casado de gran situación social, fue extremado el sigilo que envolvió su nacimiento. Creció y murió llevando siempre detrás del misterio o el comentario en voz baja, como debió ocurrirle a Bernardo O'Higgins.

El padre de Luis Cruz – que nunca lo reconoció legalmente - optó por el silencio, y lo mismo hicieron todos los miembros de su familia, por tres generaciones. Un miembro de la cuarta generación, el abogado santiaguino Miguel Valdés, da a conocer un secreto que, a su juicio, no debe ser mantenido, pues forma parte de la historia y de la biografía de un héroe nacional.

Revista del Domingo llegó hasta el abogado Cruz luego de revisar la historia de los propietarios de la hacienda Los Cristales, donde vivía la madre de Luis Cruz Martínez. Esta investigación, que iniciamos con datos muy valiosos entregados por el libro de Eduardo Márquez-Bretón, nos llevó a la virtual certeza de que el padre del héroe fue Severo de la Cruz Vergara, propietario de dicha hacienda cuando el niño nació en los años 60 del siglo pasado, nos señala el periodista Ganderats y continúa:

-Es algo muy sabido en la familia, pero mis padres y abuelos se negaron siempre a reconocerlo públicamente, pensando que se causaría daño a la honra familiar. Eso siempre me ha parecido absurdo, pues se trata de dar a conocer el origen verdadero de un héroe nacional, de un auténtico símbolo para la juventud. Nosotros debemos sentir orgullo de llevar la misma sangre y no vergüenza. Creo que ahora, cuanto todo Chile conmemora el centenario del combate de La Concepción, es el mejor momento para restablecer la verdad histórica.

Señala el abogado que su bisabuelo Severo de la Cruz, que venía de antiguas familias coloniales, fue quien compró Los Cristales, hacienda curicana que estuvo en poder de la familia Cruz hasta la gran crisis económica de los años 30.

- La verdad es que mi bisabuelo Severo de la Cruz tuvo ese hijo con una niña que servía en la hacienda y por razones, tal vez explicables para esa época, nunca lo reconoció legalmente. Es decir, fue hijo ilegítimo. Salió muy pequeño de Los Cristales y tal vez fue posible mantener oculta su existencia hasta que se produjo su heroica muerte, y todo el país habló de él. Entonces, según parece, el hecho fue conocido por el resto de nuestra familia.

Había sido registrado en el liceo y en el Ejército con el apellido Cruz ...

"De acuerdo con lo que yo escuché a mi padre y a mi abuelo, el niño pudo recibir cierto apoyo de don Severo de la Cruz. No tengo certeza, sin embargo. Lo cierto es que cuando alguien intentaba averiguar sobre el parentesco del héroe con nuestra familia, por ser de la misma región, sólo recibía respuestas negativas. Incluso le ocurrió lo mismo a algún historiador del Ejército. Mi padre prefirió guardar silencio".

De acuerdo con lo revelado en el historiador curicano Edmundo Márquez-Bretón, la madre del héroe, Clodomira Franco Martínez era hija de un inmigrante español residente en Molina y de su esposa Martina Martínez, más tarde llavera de un convento de la ciudad.

Si no se hubiera ocultado la identidad de sus padres, el joven debió llamarse Luis de la Cruz Franco, o Luis Cruz Franco.

Los descendientes legítimos de don Severo transformaron De la Cruz en Cruz, "para no ser confundidos con comerciantes sefarditas de Curicó que llevaban ese apellido", explica el abogado Cruz Valdés.

Queda así despejada la incógnita - al menos parcialmente - sobre los orígenes de un protagonista valeroso de la guerra del Pacífico.

Intentemos adentrarnos en el alma, en el corazón de Luis Cruz Franco. Hay una carta escrita a su madre abuela, que es un nítido reflejo de su espíritu de niño soldado. Recordemos que cuando murió no cumplía 16 años. Este valiosísimo documento manuscrito, con hermosa caligrafía, lo guarda la Universidad de Concepción (Transcripción fidedigna del original, propiedad de la Biblioteca Central de la Universidad de Concepción y se encuentra en la Sala Regional, según lo atestigua su Director don Juan Luigi Lemus).

Leer esta carta, es como haber estado un instante con el teniente Cruz. Volvamos a Concepción.

Los tres subtenientes que acompañaban a Carrera Pinto, a pesar de sus cortos años, habían combatido en Chorrillos y Miraflores, siendo mencionado en la Orden del Día por su bravura en el combate.

Los atacantes

Las fuerzas peruanas que sitiaron y atacaron La Concepción estaban integradas por las siguientes unidades:

- a) 200 soldados del batallón "Pucará". Comandante Ponce de León.
- b) 200 soldados del batallón "Libres de Ayacucho". Comandante Pedro José Carrión.
- c) 180 soldados del batallón "América". Comandante Domingo Cabrera.
- d) 1.500 soldados comandados por Francisco Segura.
- e) 150 indios comas, cuyo jefe era Ambrosio Zalazar.

En total 2.150 efectivos (datos de partes peruanos, hay quien dobla esta cifra).

El coronel Juan Gastó, comandantes de las tropas que sitiaban La Concepción, una vez que ubicó a sus fuerzas en posición de ataque mandó un emisario con bandera blanca a entregarle una misiva a Carrera Pinto. Esta decía: "Ejército del Centro Comandancia General de la División Vanguardia Concepción, Julio 9 de 1882. Al jefe de la Guarnición chilena de La Concepción, presente:

Contando, como usted ve, con fuerzas muy superiores en número a las que usted tiene bajo su mando y deseando evitar una lucha a todas luces imposible, intimo a usted la rendición incondicional de sus fuerzas, previniéndole que, en caso contrario, ellas serán tratadas con todo el rigor de la guerra. Dios guarde a usted. Coronel Juan Gastó".

Carrera Pinto escribió de su puño y letra la respuesta en el reverso del papel que había recibido.

"En la Capital de Chile, y en uno de sus paseos públicos, existe inmortalizada en el bronce, la estatua del prócer de nuestra Independencia, general don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas, por cuya razón comprenderá usted que ni como chileno ni como descendiente de aquel deben intimidarme ni el número de sus tropas, ni las amenazas del rigor. Dios guarde a usted. Ignacio Carrera Pinto"

En un trabajo del general don Claudio López Silva, nos cuenta detalles, de cómo el documento citado, ha sido conocido por parte de la opinión pública. El general López nos informa, que el comandante chileno don Julio García Videla, que hizo la Campaña del Pacífico, en el Granaderos a Caballo, era casado con una dama limeña, a cuyas manos llegó, de parte de un alto oficial peruano, la carta ya mencionada, firmada por el coronel Gastó y con la respuesta de Carrera Pinto al reverso.

Por su parte en el tomo sexto de la Historia del Ejército de Chile, se cita la afirmación del historiador, don Francisco Machuca, señalando que la carta en cuestión, obra en poder del combatiente de la Covadonga don Arturo Olid, quien la conserva entre otras reliquias de la Guerra del Pacífico.

Ambos autores pueden estar en lo cierto. Porque al salir el documento de manos peruanas, puede haber pasado del Comandante García al Señor Olid. Pero lo que importa, es la existencia de la carta del Coronel Gastó y la respuesta de Carrera Pinto.

El teniente don Ignacio Carrera Pinto murió la noche del 9 de Julio. El combate continuó el día siguiente. La última carga la hicieron dos soldados, que eran los únicos sobrevivientes y que estaban parapetados en la puerta de la Iglesia. Ya no tenían municiones, solamente sus bayonetas y su corazón de chilenos. Cargaron contra la turba atónita que por unos instantes les abrió paso: después se abalanzaron sobre ellos. Fueron ultimados y destrozados tal como se hizo con toda la guarnición, incluyendo las mujeres, un niño de cortos años y el recién nacido.

El 10 de Julio de 1882 en La Concepción terminó el martirio.

Un año justo, después, el 10 de Julio de 1883, en Huamachuco, la última gran operación de la guerra terminaba.

Los detalles del Combate de Concepción fueron conocidos por los oficiales chilenos que llegaron al lugar, el mediodía del 10, por los relatos de los testigos presenciales; vecinos, algunos de ellos extranjeros, que desde sus casas atisbaron la lucha y posterior masacre, en todo su horror y grandeza.

Es así como el coronel Del Canto, Comandante en Jefe de la división chilena en la Campaña de la Sierra, pudo informar en parte escrito a su superior máximo, el almirante Lynch, en Lima.

Años después el distinguido escritor y periodista don Armando Donoso, en algunas entrevistas a importantes personajes de nuestra vida nacional, publicó en la revista *Pacífico Magazine* un largo reportaje y conversación, con el general (R) don Estanislao del Canto. En esta publicación, entre otros muchos temas que abarcaban grandes momentos de nuestra historia, también se refirió al Combate de La Concepción. En dicho relato agregó el general Del Canto, detalles hasta entonces inéditos y que provocaron, como era de esperarlo, encendidas reacciones de quienes fueron, a juicio de ellos, erróneamente mencionados o inculpados.

Pero escuchemos mejor lo que Del Canto le dijo al periodista Donoso en esa entrevista y conozcamos después la reacción de un importante personaje allí mencionado.

"Con motivo de una conferencia que tuve en Lima con el general Lynch a causa de que no me proporcionaban los recursos para atender a cerca de 500 enfermos que tenía en los hospitales, le rogué encarecidamente me relevase al 2° de Línea, cuerpo que había trabajado en la campaña extraordinariamente. Como el señor general me observase que había hecho lo mismo que los demás, le pedí que me permitiese hacerle venir los estados de las bajas del ejército y que, sacando un cómputo, llegaría a la evidencia. Me dirigí al jefe de Estado Mayor y le dije que el general necesitaba los estados de las bajas que en la campaña había tenido el ejército. El mismo general anotó las bajas de muertos y heridos del Buin agregándole las del 3° de Línea, y como todavía le dijese que eran mayores las del 2°, agregó que las del 4° de línea, y como todavía superaban unió las del 5°, resultando en favor de los cuatro regimientos un superávit de 30 a 40 individuos, ya que el 2° de Línea solo, daba un total de más de tres mil bajas. En vista de este hecho el general me dio la orden reservada de que reconcentrase la larga línea que mantenía en la Sierra y me viniera con el regimiento de mi mando dejando a cargo de la división al jefe de mayor graduación. Al día siguiente emprendí mi viaje al interior del Perú; pero, cuando llegué a la terminación de la línea férrea, recibo un telegrama del jefe de Estado Mayor en que me ordenaba apurar mi marcha y regresar con el 2° línea. Este telegrama, como se

comprenderá, fue la voz de alarma para todos los lugares de la Sierra y se hizo pública la orden reservada, ya que el ferrocarril tenía a todos los telegrafistas que eran peruanos y, se felicitaban por el regreso del regimiento a Lima. Se comprenderá también la actividad que gastaría la comunidad de las Damas peruanas que se habían introducido en el ejército, comprobando esto, el hecho, que el 9 de Julio se presentaron las fuerzas peruanas venidas desde Ayacucho y me atacaron, a la vez, los destacamentos de Marcavalle de la izquierda, Concepción al centro y el puente de la Oroya a la derecha. El primer anuncio que recibí fue que me habían atacado el puesto avanzado de Marcavalle y que habían muerto ya los dos oficiales y 18 individuos de tropa. Es de advertir que yo había dado la orden de concentración para el día 8, día en que se puso en marcha el Chacabuco llevándose todos los enfermos que tenía en el hospital y que ese día alojó en San Jerónimo, a medio camino entre Huancayo y La Concepción. La alarma que me causó la sorpresa que dieron los enemigos en Marcavalle me obligó a mandar en el acto refuerzos, y al efecto llamé al jefe del Lautaro y sucesivamente a los demás jefes, pero ninguno aparecía ni se sabía dónde se encontraban, de suerte que me vi en la necesidad de hacer salir dos compañías del 2º de línea en dirección al lugar amagado, ordenando ensillar mi caballo y seguir detrás de las compañías para que prestaran auxilio".

- ¿Por qué razón no aparecían? ¿Acaso las dulces redes de las antedichas demás peruanas tenían parte en esta impresión o descuido... o, no sabemos cómo tildarlo?

El general se sonrió y sus pupilas parecen asentir a nuestra interrogación. Luego continúa:

- El enemigo, a la vista del refuerzo, cedió en la contienda y se retiró precipitadamente. El comandante del regimiento a que pertenecía el destacamento de Marcavalle tenía orden de emprender la marcha en retirada; pero el enemigo fue bastante astuto para sorprenderlo antes de ejecutar el movimiento. A pesar de ese descalabro volví a ordenar que se ejecutase el movimiento de reconcentración y por lo cual el Lautaro, que ya iba en marcha, y habiéndose sabido que en Concepción se combatía, el jefe dispuso que una compañía, al trote, marchase a reforzar el destacamento y es por esto que llegó primero a la plaza de La Concepción la compañía del Lautaro al mando del Capitán Correa. Cuando yo llegué al pueblo de Concepción me dirigí a la casa de don Fernando Valladores, donde me había alojado otras veces con mi amigo, don Luis Milón Duarte, cuñado de dicho señor. El único que había en la casa era un sirviente español, cuyo nombre no lo recuerdo, quien me dijo que la familia se había refugiado en Ocopa el día antes, y este español me relató todos los incidentes del combate, haciéndome salir al

corredor de la casa para enseñarme la manera y forma cómo habían iniciado el combate los asaltantes. Cuando salí al corredor divisé en el cuartel que, en medio del humo que salía de entre los escombros, flameaba nuestra bandera, y entonces ordené a mi ayudante, capitán Bysivinger, que me fuese a traer esa bandera y me la guardase cuidadosamente, la cual he conservado hasta hace tres años en que la obsequié a mi amigo, Manuel José Correa, para que la diese a la Municipalidad de Curicó y la izasen como un recuerdo de las glorias alcanzadas por el héroe subteniente Luis de la Cruz, que fue el último en sucumbir en La Concepción. Con la tropa que le quedaba y sin tener ni un solo cartucho, él defendió la entrada al recinto del cuartel; y cuando intentaban entrar los indios atacantes armados de rejonas, el oficial salía con su tropa formada en tres filas y con la bayoneta calada los repelía enérgicamente. Varias tentativas se habían hecho para obligarlo a rendirse, incluso fuertes voces que le pedían lo hiciese para conservar su persona, pero Cruz, agregando imprecaciones estentóreas les decía que los chilenos no se rendían jamás y exhortando a su tropa, les ordenaba cargar sobre los grupos. A tal extremo llegó la exigencia de los sitiadores para que se rindiese don Luis de La Cruz, que idearon hacer llegar hasta la puerta del cuartel y conducida por una mujer, a la hija de un comerciante, muy bien parecida, joven, y quien con todo cariño saludaba siempre al oficial De la Cruz. Se llevó a efecto el hecho y la niña rogó a Cruz que se rindiese porque para ella su vida le era preciosa; pero él, con rabia, exclamó:

"Quién de aquí es la mujer", y se refugió en el interior del cuartel. Entonces, viendo que el león no podía caer en la trampa y quedándole solamente cinco o seis hombres concibieron el plan de hacer que un grupo de indios lo amagasen, por el frente y colocaron ocultamente tropa con fusiles por uno y otro lado de las murallas del cuartel a fin de que, cuando saliesen, tomasen la puerta. El resultado de esta estratagema fue que Cruz cargó sobre el grupo de indios, mientras los soldados corrieron a la puerta cortándole la retirada, dirigiéndose algunos para disparar por la espalda, lo que se verificó cayendo el oficial y la mayor parte de los soldados, escapando solo dos que se refugiaron en el atrio de la Iglesia vecina, que estaba colindante con el cuartel y desde cuya torre se hacía fuego para el interior. Estos soldados, en un momento dado y después de ponerse su barbiquejo y abrocharse su levita, se abrazaron dirigiéndose al grupo de los enemigos para hacerse matar, lo que sucedió disparándoles los peruanos a mansalva.

Yo cometí la inadvertencia de no hacer conocer el nombre de estos dos héroes, que lo son realmente, pues que su actitud no fue otra que la de hacerse matar despreciando las exigencias de rendición". Sobre el nombre de esos dos soldados, que hicieron su última

carga desde la puerta de la iglesia, podemos suponer que fueron los sargentos Silva y Rosas, de acuerdo a la descripción que hizo un oficial chileno que llegó a la plaza de La Concepción a pocas horas de terminado el combate.

"Me parece que veo todavía la cara de sufrimiento del teniente Montt que estando herido, fue acostado sobre las brasas ardientes en la plaza de Concepción por los indios salvajes y la cara de tranquila satisfacción en el rostro risueño de niño, del pobre subteniente Cruz, cuyo cuerpo encontramos como a ciento cincuenta metros del cuartel, al oriente de la iglesia y en el camino hacia Huancayo, y los restos del teniente Carrera, del subteniente Pérez Canto, de los sargentos Silva y Rosas, que murieron en la puerta misma de la iglesia, cubriendo la entrada con sus cuerpos".

Volviendo a lo de la bandera, el 24 de abril de 1928, en las páginas del diario "El Mercurio" se comunicaba que la señora doña Dolores Miranda de Riffo, viuda del sargento 1º del Regimiento Chacabuco, don Nicolás Riffo, quien fue el que rescató la bandera chilena, a medio quemar, del mástil de la iglesia de La Concepción, haría entrega de este sagrado emblema a Monseñor don Rafael Edwards, para que fuera depositado en el Altar de la Virgen del Carmen.

En otras informaciones aparecidas en este mismo diario, a través de la carta de un lector, éste señalaba que la bandera de La concepción había estado en poder de la Municipalidad de Curicó, durante algún tiempo. Este dato lo confirmaba el presbítero don Gilberto Lizana, curicano de cepa, el cual afirmaba que en sus años mozos había visto este sagrado pendón. Lamentablemente se desconoce el paradero actual de esta bandera, que a medio quemar, como está dicho, aún se encontraba izada hasta el tope en su mástil, sobre los escombros de la Iglesia de La Concepción, ese 10 de julio de 1882, cuando el coronel del Canto con el grueso de las fuerzas chilenas llegó en rescate de la 4º Compañía de Chacabuco, que había sucumbido contra fuerzas inmensamente superiores".

Debemos recordar, que antes que llegara el coronel del Canto, con el grueso de sus fuerzas, lo había hecho el capitán Jorge Boonen Rivera, al mando de una descubierta.

El Capitán Boonen, que temía como todos por la suerte de sus compañeros, y con mayor razón que los demás, por pertenecer al mismo cuerpo, hizo la marcha con toda celeridad, a fin de tener lo más pronto posibles noticias de ellos.

En cuanto llegó a las puertas de la Concepción, viendo que nada podía descubrir desde allí, sino una siniestra humareda que se levantaba desde la plaza del pueblo, se sintió presa de los más graves temores, sobre todo al notar el extraño silencio y falta de gente por los alrededores de la ciudad. No pudiendo resistir a la ansiedad que le dominaba,

tomó cuatro hombres de su tropa y con ellos se adelantó a reconocer el pueblo. Marchando con precaución, llegó hasta cerca de las primeras calles, en un punto donde concluyen los ranchos diseminados y principia el empedrado.

Hasta ese momento había ya notado algunas circunstancias extraordinarias y, entre otras, llamaba su atención la humareda que se levantaba de la plaza, la falta de gente en los ranchos y en las calles, y el no venir a encontrarlo ningún soldado chileno; por esta causa, sus temores aumentaron y se detuvo allí con el objeto de hacer indagaciones y de no aventurarse imprudentemente en una emboscada.

A los pocos instantes, notando, sin duda, su vacilación, asomaron por una calle cercana algunos cholos. Uno de ellos traía un rifle y los otros estaban armados de lanzas y garrotes. No manifestaron, sin embargo, intenciones hostiles, sino que, adelantado paso, gritaban con voz melosa: "Entren, chilenitos, entren y dejen las armas. Mandan decir los de la compañía que vayan".

Aquello de dejar las armas era demasiado ingenuo para no dar lugar a la sospecha del capitán Boonen. Principió a interrogarlos, diciéndoles que se acercaran, Pero los cholos rehusaban hacerlo.

Por el contrario, viendo que el capitán chileno los llamaba, principiaron a alejarse. Poco después, desde uno de los potreros cercanos se hacía una descarga de fusilería sobre el capitán Boonen y sus cuatro soldados, y esto manifestaba claramente que la ciudad de La Concepción se encontraba en poder del enemigo".

Narra luego minuciosamente, el corresponsal de El Mercurio, como el capitán Boonen y sus soldados volvieron a reunirse con las descubiertas del Chacabuco y del Lautaro y como reunidos, hicieron frente a los peruanos, entrando poco después a La Concepción. "Los soldados del Chacabuco - escribe Caviedes- fueron los primeros en penetrar a la ciudad, y a la cabeza de ellos, el capitán Boonen. Él fue también el primero que pudo llegar a la plaza y contemplar el horrible espectáculo que ofrecía aquel teatro de las más terribles escenas de heroísmo y sacrificio".

Repasamos dicho artículo y en la parte pertinente al entonces capitán Boonen, anotamos lo siguiente: "En la madrugada del 10 de Julio la división llegaba a las inmediaciones del pueblo de La Concepción, donde se supo por uno de los naturales que la compañía del batallón Chacabuco, mandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto, que cubría la guarnición de aquel lugar había sido atacada el día antes y que el pueblo estaba ocupado por el enemigo. Esta noticia, recibida con la angustia en el alma, pues se presentía el resultado de tal combate, fue desgraciadamente corroborada por uno de los

ayudantes de la división, el infrascrito, que comunicaba que el fuego de fusilería con que había sido recibido por el enemigo desde las accidentadas lomas que ocupaba a la salida del pueblo, le había impedido entrar en él. Cúpole, entonces, al ilustrado capitán del Chacabuco, hoy teniente coronel del Ejército don Jorge Boonen Rivera, recibir la orden de marchar inmediatamente con su compañía a despejar el paso del pueblo, batiendo al enemigo. Tal orden se cumplió en el acto por la compañía citada y tropa del batallón Lautaro.

Nuestra literatura histórica y militar ha escrito notables páginas en que se relata el suceder de este hecho de armas y la repercusión que tuvo en el alma nacional. Finalmente, hemos querido destacar un hecho, entre muchos, que refleja el sentir de quienes conocieron a estos hombres muertos en La Concepción y que supieron valorar su sacrificio.

El coronel don Marcial Pinto Agüero, Comandante del Regimiento Chacabuco, algunos meses después de ocurridos los sucesos que comentamos, le escribía al Obispo Monseñor Ramón Ángel Jara:

"El personal de jefes, oficiales e individuos de tropa del batallón Chacabuco 6° de Línea, que tengo el honor de comandar, uniéndose en la idea de perpetuar la memoria del distinguido capitán don Ignacio Carrera Pinto, subteniente don Julio Montt, don Arturo Pérez Canto y don Luis Cruz Martínez, como también la de los setenta i dos individuos de tropa de la 4° Compañía que murieron heroicamente en defensa de la plaza de La Concepción, han erogado la suma de 1.700 pesos que en una letra en contra de la Comisaría del Ejército le envió a Ud., para que con esta suma se encargue a Europa un modesto monumento en el cual se puedan guardar cuidadosamente los corazones de los cuatro oficiales, restos queridos i venerados para nosotros y esculpir en el mismo monumento los nombres de los soldados que fueron dignos del valor de sus oficiales i que también murieron en esa acción defendiendo su puesto i su bandera.

El capitán Don Víctor Lira Errázuriz es el encargado de entregar a Ud. cuatro frascos lacrados con el sello del batallón, que contienen los corazones de nuestros gloriosos compañeros, a fin de que Ud. los conserve en un lugar seguro hasta que puedan colocarse definitivamente en el monumento que se trata de erigir. También se desea que se graben los nombres de los soldados que fueron compañeros de glorias i de infortunio de Ignacio Carrera Pinto i además oficiales en esa jornada de luctuosos recuerdos".